

MUJERES QUE DAN GUERRA

Carlota Llano y Fernando Montes

¿Qué tenemos para decir nosotros los artistas en este oscuro momento inmersos, como todos los colombianos, en una cruda realidad? ¿Cómo podemos poner nuestro granito de arena desde nuestro arte para construir una sociedad mejor? ¿Cómo ayudar y ayudarnos a vislumbrar esa luz al final del túnel?

Con estas preguntas a flor de labios, de piel y de corazón, nos topamos con los magníficos testimonios de vida recogidos por la escritora y periodista Patricia Lara en su valioso libro *Las mujeres en la guerra*, un verdadero acto de paz. Testimonios que nos dan ejemplo de valor, de esperanza, de anhelo de vida, que nos dicen que en nuestra gente están las respuestas.

De las diez mujeres maravillosas que cuentan sus historias en el libro, escogimos tres, difícil elección:

- Dora Margarita, ex guerrillera del Ejército de Liberación Nacional y del M-19, quien creció en un tugurio de su ciudad en el que el párroco la guió hacia el monte, y quien en medio de sus duras andanzas nos dice: "Si antes de empezar a matarnos tuviéramos la oportunidad de conversar, si fuéramos capaces de ver al ser humano que hay detrás del hombre armado de enfrente, si pudiéramos comunicarnos pararíamos la guerra y rescataríamos el país".

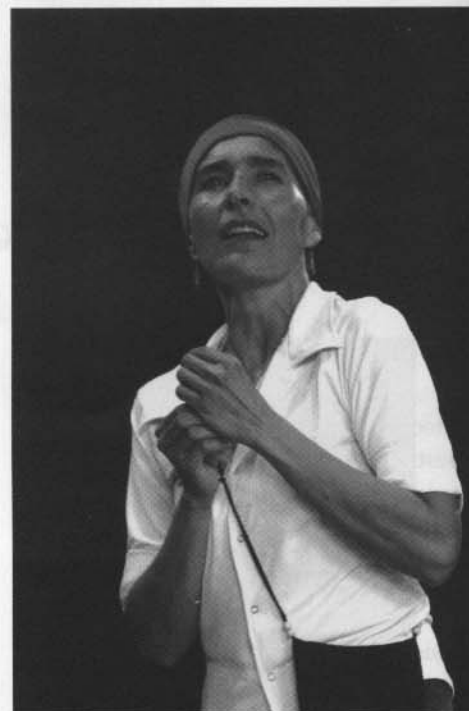
- Margot, la madre, la abuela, la esposa, todo corazón y bondad, una de esas valientes personas que aunque no compartió el pensamiento de sus hijos, los respetó, los quiso y los ayudó en todo momento; crió a sus nietos y supo pasar por las crudas y las maduras con una sonrisa en los labios: "Pienso que el destino de cada ser está marcado... Lo grandioso de mi hogar, siendo Jo-

hny militar, ha sido el respeto por mis hijos... El Señor me dice que la vida no es fácil, que hay que tener coraje, que a eso vinimos".

- Juana, una de los tantos exilados en su propio país, ahora el segundo en el mundo en cifras de tragedia humanitaria, madre desplazada con tres pequeñas hijas, a quien le tocó una noche salir corriendo, dejar atrás su finca de setenta hectáreas, perderlo todo para salvarse de una masacre y venir a hacinarse en el último barrio de Ciudad Bolívar en Bogotá: "Yo sólo le pido a Dios que me deje vivir hasta que mis hijas se puedan defender solitas y le pido que haya paz en el país, y que se acaben los grupos armados; ellos son los del conflicto, pelean por el poder. Pero los que pagamos el pato somos los que no tenemos que ver con eso. Los que no somos ni agua ni pescado".

Testimonios de mujeres que han perdido a sus seres amados y su sitio en el mundo, rebozan amor y solidaridad. A través de ellas tratamos de enlazar esa alma de mujer que a pesar del sufrimiento y el dolor, cree en un país mejor para las futuras generaciones, sueña con unos niños creciendo en el respeto por el otro. Testimonios que iluminan la salida. Pedazos de realidad que el arte no puede cambiar. Pero en los cuales sí podemos buscar una metáfora que nos incite a la reflexión.

Nos ayuda un escenario metafórico concebido por la pintora Cristina Llano: forma circular que une al artista y al espectador, telón de abrazo entre los hombres, el mar y el cielo, escultura, abrazo de las tres mujeres: Margarita cerebro, Margot corazón, Juana entrañas. Abrazos, una de las constantes en sus testimonios.



A dónde el camino irá. Foto de Sandra Zea.

Abrazos, formas plenas del amor y la solidaridad. Abrazo dador de luz y fuerza.

El poder evocador de las palabras de nuestras mujeres; el canto de nuestras gentes y de gentes de otros lares que desde siempre ha movido montañas; un mito sobre la creación de nuestros ancestros los indígenas kogi recogido por el maestro Reichel Dolmatoff, en el que ellos con su inmensa sabiduría nos repiten "Al principio sólo estaba la madre... Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria... el mar era la madre", y nuestros deseos de buenos vientos, son las otras herramientas. Homenaje y petición a Yemayá, la diosa del mar y de la mujer, nuestro final. Mujer, principio de vida, mujer fuerza y sostén, mujer esperanza.

La experiencia con *Mujeres en la guerra* nos ha mostrado que es vital para los colombianos hablar sobre lo que nos está pasando; que el teatro sí puede ser un valioso espacio para llorar nuestros muertos y vivir la necesaria catarsis de los tiempos oscuros, pero también un escenario para soñar e imaginar un mundo mejor y construir utopías.

A dónde el camino irá es nuestro siguiente paso en el camino hacia esa búsqueda de un teatro nuestro, actual, que mueva conciencias y al mismo tiempo recree la belleza, un teatro al cual no podamos ser

TEATRO COLOMBIANO CONTEMPORÁNEO



ajenos, que cumple una función social, ética y estética.

La obra es otro monólogo en el que la actriz y sus dos personajes caminan entre el público de principio a fin del simbólico recorrido de la función. Los dos personajes nos brindan testimonios abiertos de sus vidas, que se contraponen en un oscuro-claro: Chave, también personaje recogido por Patricia Lara en su libro *Las mujeres en la guerra*, a quien teníamos en salmuera desde nuestra pasada obra, por ese propósito de darle voz a todos los participantes en el conflicto armado colombiano, es una monteriana vital, que seguirá defendiendo a los campesinos de su tierra porque allí nació y allí morirá, a quien la vida ha llevado a estar en los dos bandos: con la guerrilla y con las autodefensas, en medio de esas sabanas de Córdoba y Sucre, una de las tierras más fértiles de América, nicho de muchos grupos armados en las últimas décadas. Chave ha vivido inmersa en ese círculo envolvente de la guerra que deja entre sus víctimas –hasta el momento y mal contados– a tres millones de desplazados, o como los llama el padre de Roux, “desenterrados”, personas que al salir de manera forzada de su sitio en el mundo pierden la raíz, la identidad.

Entre los desplazados vive nuestro otro personaje, Ángela, cuyo testimonio recogió Alfredo Molano en su libro *Desterrados*. Ángela es una niña de nueve años a cuyo padre hacen salir los paramilitares de su pueblo, Nechí, pequeño puerto justo donde el río Nechí se funde en el poderoso Cauca, porque un día pasa el río en el Johnson a unos guerrilleros. El de Ángela es un relato pleno de vida, de la alegría y espontaneidad de la niñez, chorro de luz que ojalá nos inunde.

El mundo del adulto que se justifica contrapuesto al mundo del niño que

simplemente vive y vibra, nos lleva a los adultos a preguntarnos qué paso vamos a dar para que los vulnerables y frágiles mundos infantiles puedan avanzar a una juventud y adultez plenas. El alabado chocoano nos sirve para gritar de frente el rechazo a la violencia que, como bien nos dice ese canto, no garantiza el futuro de nuestros hijos.

En los bellos poemas del camino del poeta español Antonio Machado encontramos esas metáforas que nos hacen reflexionar sobre lo andado y lo por andar. Las piezas de piano en vivo nos dan el remanso para la imaginación y el ensueño. La escenografía abstracta: un camino sin principio ni fin y un árbol a la vera del camino, son el espacio para que también nuestro cómplice espectador imagine su propio camino, ojalá lleno de destellos de conciencia. Un escenario para que nos preguntemos cada uno y todos como país en construcción *A dónde el camino irá*.

La experiencia con nuestros dos monólogos ha sido más que grata: nadie queda ajeno a estas historias. Las obras sólo requieren una persona adentro, la actriz, y el ojo de afuera; y están diseñadas para presentarse en múltiples espacios. Por ello hemos realizado funciones en magníficos auditorios para dos mil quinientas personas como el de la Universidad Central en Caracas o el León De Greiff de Bogotá, y en un patio en Quibdó para doscientas mujeres desplazadas, quienes después de la función nos regalaron una hora de canto de sus alabados. Funciones de las cuales quedan anécdotas múltiples del fenómeno catártico que producen estos testimonios, no solamente en los colombianos: en Grecia, el público se quedaba después de las funciones para charlar, y varias personas nos dieron las gracias por posibilitarles llorar sus propios muertos, tal como lo hizo



A dónde el camino irá. Foto de Sandra Zea.

Juana, el tercer personaje de *Mujeres en la guerra* cuando en el estreno de la obra lloró de principio a fin durante su testimonio.

Las casi doscientas funciones de *Mujeres en la guerra* y las casi cincuenta de la más reciente, *A dónde el camino irá*, nos demuestran que historias de nuestra Colombia, tan locales, trascienden al plano universal; y que el teatro sirve de altoparlante para dar voz poderosa a seres que nos obligan a esa mirada profunda ante la cual no vale el engaño.

CARLOTA LLANO. Actriz, profesora y directora. Miembro de Teatro Libre durante 21 años. Licenciada en Arte Dramático por la Universidad del Valle, especializada en Londres. Actualmente es profesora de Artes Escénicas de la Universidad Pedagógica Nacional.

FERNANDO MONTES. Director y profesor formado en Francia y en Pontedera, Italia, bajo la égida del maestro Jerzy Grotowski. Actualmente dirige un grupo estable, el Teatro Varasanta, y es profesor en la Universidad Pedagógica Nacional.